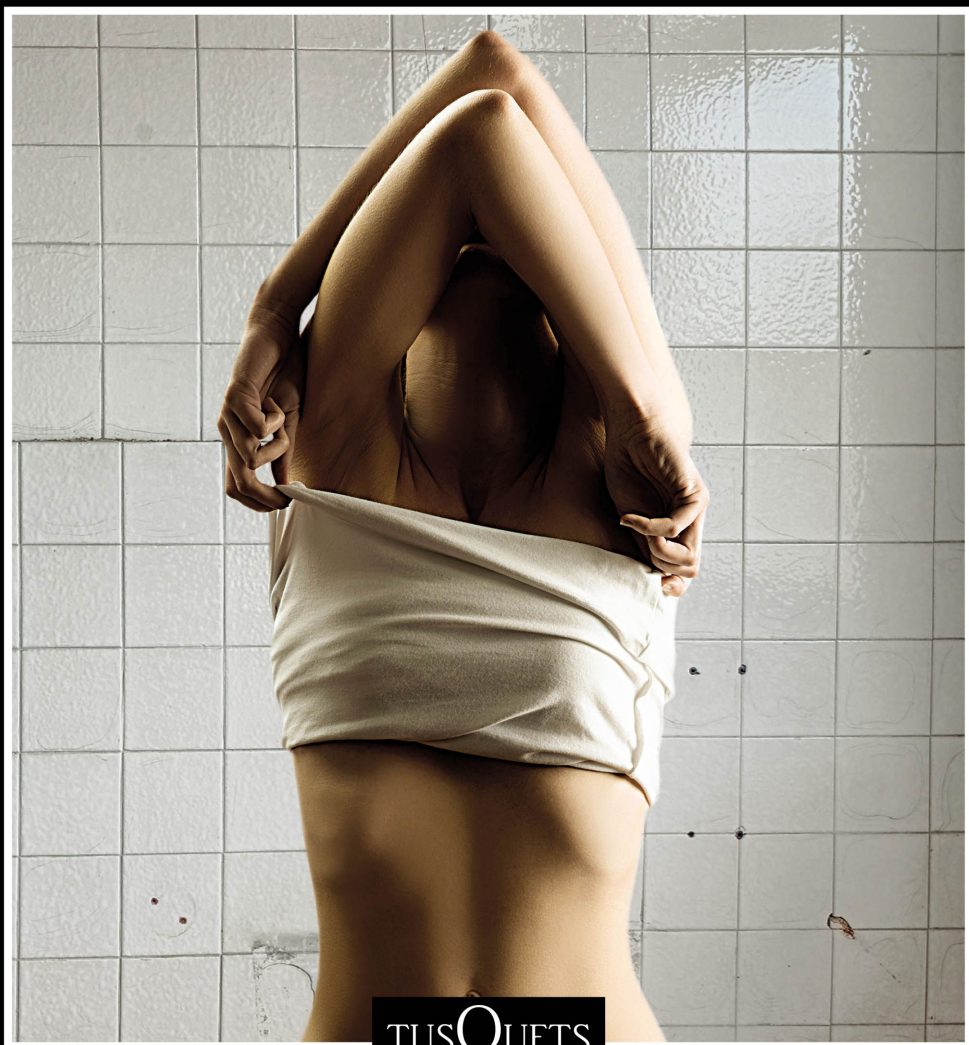


Valentina Vidal

FUERZA MAGNÉTICA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

VALENTINA VIDAL
FUERZA MAGNÉTICA

TUSQUETS
EDITORES

PARTE I

No arroje papeles al piso

Con la parte delantera de la camilla los enfermeros empujan las puertas de dos hojas que dividen un pasillo de otro. Alina lleva puesta una bata con flores, huele a jabón desinfectante y tiene las uñas sin esmalte por eso de la oxigenación tisular. La tela es áspera al tacto y el lazo que cierra por detrás se desarma y deja pasar el aire frío de la clínica, como si esa corriente formara parte de la ingravidez que ella necesita para dejarse llevar. El enfermero se asoma desde atrás con una sonrisa. Ella piensa que una cara al revés es una mueca de mal gusto y se queda atrapada en ese gesto que le resulta familiar pero que no logra reconocer. Él pregunta cómo se siente, pero un movimiento se come la pausa precisa para la respuesta y el

otro enfermero se adelanta para maniobrar en una esquina, como si fuera un capitán de navío o un motorman a pie. Salen a otro pasillo, toman velocidad, cruzan más puertas. Los impactos provocan un vaivén violento, con brisa sanitaria incluida. Un ruido metálico se desprende desde abajo de la camilla y se puede adivinar que una de las ruedas delanteras se traba, pero Alina no dice nada porque no los quiere fastidiar.

Los dos enfermeros –ahora ya los reconoció– se detienen por unos instantes. Uno de ellos apoya sobre el estómago de Alina la historia clínica y una lapicera. Ella los escucha hablar, pero sus voces se alejan hasta volverse un murmullo. Desde alguna parte, Alina escucha la voz de una mujer que advierte que el quirófano todavía está ocupado y pregunta, como si fuera lo menos relevante que pudiera pasarle ese día, cuál es el nombre de la paciente. Alina lo dice fuerte y claro: Alina, soy Alina, pero nadie contesta.

Se abre una puerta y aparece otra camilla que colocan junto a la de ella. Es una mujer. Se

observan. Llevan la misma bata de flores, sonríen, se dicen hola con la mirada. Alina percibe que la mujer tiembla.

Los dos enfermeros vuelven y empujan las camillas con el mismo ritmo y desinterés. La lapicera que dejaron encima de Alina se desliza, pero un pliegue de la sábana frena la caída. Uno de los enfermeros se ríe con un soplido, como a quien se le escapa una carcajada de tanto contenerla. Aceleran adelantándose, primero uno, después el otro, según las puertas de la clínica y los giros lo permitan sin atropellar a nadie. Las camillas van cabeza a cabeza, pero la de su compañera de a poco queda atrás. Juegan una carrera, como si fueran carritos de supermercado. Y Alina ríe, con una complicidad estratégica, como si reír fuera a convertirlas en competidoras del Concurso de Carreras de Camillas y al finalizar pudieran subir al podio, recibir el premio y cada una pudiera irse a su casa.

Los enfermeros detienen las camillas frente al ascensor. Esperan. Las dos mujeres se miran y es como el juego de encontrar las diferencias:

las cejas de la mujer son tupidas, algo desarregladas; las de Alina más delgadas, con una pequeña cicatriz.

Alina se queda clavada en los ojos de la mujer y advierte que en esas pupilas marrones se puede rascar el fondo, extraer la córnea y hacerse de las venas, de las arterias y de cada pensamiento de la última semana. Entonces ve y confirma el miedo al destino inmediato, mientras afuera llueve y pasa el 152 con alguien que se queda dormido, y ellas están sobre esas chapas de frío metálico. Son las cejas, dice Alina, pero la mujer no comprende. Las puertas del ascensor se abren. La camilla que lleva a Alina entra primero y deja atrás a su compañera de fórmula. No se pueden despedir. Las hojas se cierran y se vuelven a abrir, escupiéndola adentro del quirófano.

La colocan sobre una mesa con cuidado, más del que ella considera necesario, y se van.

Alina examina el techo:

En lo alto de la pared del frente puede ver un reloj.

Marca las 13:45.

Hay una lámpara enorme con seis luces.

Hacia la derecha, una máquina mide el ritmo cardíaco.

Hacia la izquierda, dos bandejas con material quirúrgico.

Todo es blanco y el olor es igual al de la bata.

Escucha voces.

Ninguna es la del cirujano que la va a intervenir.

Intervenir quiere decir mutilar.

Mutilar quiere decir silencio.

Una mano le toca la frente y otra el hombro. Es el cirujano, que sonríe con unos hermosos dientes blancos que no garantizan nada. Otro médico viene y se presenta como el hombre de sus sueños, al tiempo que le coloca una máscara de oxígeno y cuenta hacia atrás: cinco, cuatro, tres, dos, negro.

Cuando Alina vuelve a abrir los ojos, el reloj marca las 17:30 y ella rebota de frío contra la camilla. Una mujer avisa que la paciente se despertó. Alina piensa que perdió la capacidad de reconocer los timbres de voz y vuelve a gri-

tar su nombre. Dos enfermeros, que no son los mismos de antes, la trasladan a otra camilla. No sabe si tiene permitido moverse y pide que la tapen. Uno de ellos la cubre hasta los hombros con una sábana, pero le deja los pies afuera. Cada vez rebota más, con un poco de ganas podría llegar al cielorraso. Piensa que no sería mala idea, que hasta sería divertido para el resto del personal. La llevan afuera, la dejan a un costado y se vuelve a dormir. Cuando se despierta, Alina se da cuenta de que no está en el edificio principal de la clínica, sino en uno de los cuartos del anexo.

Jimena insiste en quedarse toda la noche con ella. Me das risa, dice Alina, y explota en carcajadas que la llevan al sueño, tal vez porque la anestesia todavía no se fue, o el hombre de sus sueños no calculó del todo bien la dosis.

Medicina Nuclear

A Jimena le vibran las plantas de los pies, mientras en el piso de abajo los pacientes esperan las instrucciones del técnico. Respire, no respire, dice Salta, y entonces los cortes axiales y el imán del resonador que gira. Jimena mira la pantalla de su computadora mientras Mirko, a su lado, atiende a proveedores. La ventana al lado del escritorio deja ver la lluvia que cae, como si fuera una lupa gigante. El teléfono la devuelve a Jimena a la madera plastificada del escritorio, a la luz intermitente de la pantalla y a la inquietud que le trae la espera por los resultados de Alina. Alguien pregunta por los trámites del día. La ciudad está colapsada por veinticinco cortes de calles y un incendio. Jimena tamborilea los dedos contra el teclado en

una suerte de síncope mientras sobrevuela el nombre de Diego. Un sistema de música aleatorio juega con su paciencia, pero le da fatiga buscar otra cosa. Hoy no va a salir el sol y todas las superficies están húmedas.

Viene el arquitecto y pregunta si todo está bien. Sí, le dice Jimena. Necesito la conciliación bancaria para hoy, dice el arquitecto. Jimena vuelve la cabeza a la pantalla como punto y aparte de esa conversación. Encuentra un mensaje de Diego. Sonríe por primera vez en el día. Los golpes, la lluvia y la música se vuelven un detalle. Busca la excusa perfecta para levantarse del escritorio y salir un rato, pero no la encuentra. Nunca una excusa es del todo verosímil. Responde el mensaje, él lo recibe, y nada. Esta parte le estrangula la cabeza. Vuelve a la conciliación bancaria.

Desde que la trasladaron a esa oficina para que se encargue de las tareas de Alina, todo es diferente. Es como si de a poco estuviera más cerca la salida, a pesar de estar más lejos de la calle. La empresa ya debería haber entrado en convocatoria, y el departamento de

finanzas está detonado. Pero como todas las cosas que languidecen, después de trabajar quince años parecería que nada va a ocurrir.

El escritorio de Mirko está frente a la puerta y al costado izquierdo de Jimena. Ella cree que esa ubicación funciona como un panóptico, una torre de control a la que solo llegan los jefes y los pocos privilegiados que cobran. Mirko es alto, delgado y sobre su frente caen unos rulos castaño oscuro que de tanto en tanto corta de raíz. Hace un gran esfuerzo por parecer formal, por eso siempre está de traje. Jimena cree que también lo hace para llevar con naturalidad ese nombre tan severo de origen eslavo, producto de un capricho de la madre y que él respalda inventando antepasados cosacos imposibles de comprobar.

Llegar a esta oficina no es sencillo: hay que tomar un ascensor hasta el primer piso, subir por una escalera caracol y abrir una puerta de hierro para ingresar a la terraza de este viejo hotel familiar devenido en clínica, donde negocian con la enfermedad todos los días. Tal vez por eso cuando Jimena la ve a Alina no

sabe qué decirle; las dos conocen casi de manera promiscua cuánto puede engrosar las cuentas bancarias una salud descontrolada.

Diego responde: nos vemos hoy. Sí, claro, le dice Jimena; a dónde querés ir, dice él, y Jimena se llena de preguntas. Nunca le fueron fáciles las relaciones, no entiende sus hilos, sobre todo en las partes introductorias, porque la histeria es algo que puede sostener por un tiempo limitado.

Mirko pide un cheque para pagar el oxígeno que se usa para las anestesias. Los dos saben que las cuentas están embargadas y a duras penas si cobran el sueldo en cuotas. Jimena lo prepara. De algún lado saldrá, dice, y repite con tono de burla el lema del arquitecto que hizo de este lugar su propia mesa de dinero mientras los socios prefieren mirar para otro lado.

A dónde querés ir, la frase quedó titilando en la ventana y en su cabeza. Jimena piensa que no hay mejor lugar que Diego, pero no lo escribe.

Mirko reclama el pago. Jimena agarra la chequera y hace tiempo para no responderle a

Diego enseguida y jugar un poco, hacerlo esperar, aunque sean solo segundos. Arranca el cheque y se lo alcanza a Mirko. Vuelve a la pantalla, cierra los ojos y se concentra en la canción que está sonando. Los abre, tiene miedo de que se desconecte antes de arreglar. La vibración en la planta de los pies cede entre turno y turno, pero la lluvia sigue constante. Mirko, ¿podés hacer vos la orden de pago?, tengo que responder algo urgente, dice Jimena, y piensa que no hay urgencia más linda que cuando sabés que te gusta alguien y que ya perdiste un poco la cabeza.

Ruta de evacuación

Detrás de un biombo hay dos mujeres y un bebé. La médica residente sabe que tiene que evitar que lo pongan en el resonador pero no puede gritar ni moverse. Las mujeres están contentas y hablan entre sí, ignorándola. Colocan al bebé en la camilla del resonador. Salta les indica a las mujeres que no respiren y ellas le hacen caso: contienen el aire hasta que los ojos se les empiezan a desorbitar. El bebé no llora, está quieto, demasiado. La anestesista inyecta un líquido en el pequeño brazo del niño y les dice a las mujeres que respiren. Ellas obedecen, el imán empieza a girar más rápido que lo usual y emite un pitido que se intensifica con cada aumento de velocidad. Las mujeres lloran. El

sonido es ensordecedor y la residente sigue sin poder moverse.

Un golpe trae de vuelta a la residente y se reincorpora de un salto. Está en el cuarto de descanso a oscuras. La puerta entreabierta deja ver a trasluz la figura de Nadia apoyada contra el marco de la puerta. Doctora, disculpe si la asusté, la necesitan en la guardia. El cuello desnudo de Nadia la conmueve y la residente sonríe. Ahora voy, responde.

Siente la espalda mojada por la transpiración y se saca la parte de arriba del ambo. Medio dormida, se pasa una toalla para secarse y se lo vuelve a poner, como si se lo hubiera sacado para airearse el sueño del que acaba de despertar.

Sale tratando de recuperar la noción del lugar. Ve a Jimena salir del ascensor y camina de frente hacia ella. De eso se trata también una clínica, de médicos, empleados y pacientes caminando para encontrarse de frente con las respuestas. Impactan las miradas una contra la otra. Duda en irse, pero Jimena la saluda con

un gesto y se acerca hacia ella. ¿Cómo le dio la biopsia?, pregunta Jimena. La residente piensa que todavía no está lo suficientemente despierta para responder esa pregunta. El doctor se lo va a informar a Alina directamente, como corresponde, dice. Dale, no me vengas con el secreto profesional. Hay que esperar, Jimena, contesta la residente. Me dijeron que estás reemplazando a Alina en tesorería. Jimena la mira sin responder. Necesito cobrar, hace tres meses que no me pagan y dos días que no duermo, Jimena. Una guardia atrás de la otra.

La residente mira para el lado del ascensor. Jimena se pasa manteca de cacao por los labios. Si Alina estuviera a cargo, seguro saca pagos a cuenta más rápido, pero yo tengo que pedirle al director que firme la orden.

La residente sabe que Jimena miente. Sabe que la residencia es mano de obra barata, que no tiene obra social, ni aportes, ni pago de horas extras. Que los demás residentes pidieron el cambio y que está sola. Que es el último escalón en el reconocimiento de la clínica. Y que

Jimena, al igual que ella, dice lo primero que se le ocurre ante la falta de respuestas; o peor, que dice la verdad y que en un asunto de responsabilidades compartidas, ella tiene todos los números para cargar con la culpa de perder un contrato entre la clínica y la obra social.